

EL CARDENAL CASTILLO LARA EN TRUJILLO

Por MARIO BRICEÑO PEROZO

Se dice que el rostro de las personas es el espejo del alma, porque en el rostro asoman las expresiones de la alegría y del dolor, de la satisfacción y de la contrariedad, de la protesta y del asentimiento; pues bien, los pueblos tienen también su rostro, y es un rostro mayor porque lo componen los rostros de miríadas de personas; por ello lo que zumba del alma de los pueblos, como reflejo de su interioridad, es de dimensión inabarcable.

El rostro de Trujillo se cruzó de resplandores, porque se iluminó de júbilo el 9 de junio de 1973. Ese día memorable llegaba a la ciudad un ilustre y dinámico sacerdote, nombrado el 31 de marzo anterior, Obispo Titular de Precausa y Coadjutor con derecho a sucesión del Excmo. Monseñor José León Rojas Chaparro, entonces Jefe de la Diócesis. Quien llegaba era Monseñor Dr. Rosalio Castillo Lara. La sola presencia del prelado inspiraba confianza por su sencillez, fácil trato, natural ponderación y otras cualidades de excepción que lo llevaron directamente a asentarse con perfiles propios en el alma de su grey.

Nativo de San Casimiro de Güiripa, en el Estado Aragua, una comarca quizás lejana de Trujillo en el campo de la Geografía, pero muy próxima en lo que atañe a sus características, porque San Casimiro es una risueña comarca de agricultores, de gentes forjadas en el yunque del trabajo creador, en diario contacto con la tierra que lo da todo; y Trujillo es pueblo de labriegos que laboran y sueñan. Y las virtudes del hogar aragüeño brillan con la misma luz de las que tipifican al trujillano lar, en donde ha de tenerse como en casa propia a los progenitores del obispo, don Rosalio Castillo Hernández y doña Guillermina Lara Peña. Ellos le dieron en la sangre el tesoro de sus bondades.

Entre los romanos, Rosalía era la fiesta que anualmente se celebraba para perfumar con rosas el silencio de las tumbas y Santa Rosalía es la patrona de Palermo. La rosa era el símbolo de la victoria y del amor y las guiraldas de rosas eran nuncio de la alegría del cielo. De manera que Rosalio es un nombre coronado de rosas y quien lo lleva no puede menos que amar entrañablemente lo bueno y lo bello.

En los anales religiosos de Trujillo ha de grabarse con señalados caracteres ese 9 de junio de 1973. Este 9 de junio es memorable en la historia porque en 1537 por bula de Paulo III se declara que los indios del Nuevo Mundo son real-

mente hombres; en 1862, el Senado de los Estados Unidos de América vota por la abolición de la esclavitud; en 1815, José Tadeo Monagas derrota en Orocopiche al realista Antonio Puches y en 1816, Miguel Antonio Vásquez vence gallardamente, en Mantecal, al monarquista Andrés Torrellas. Los dos primeros hechos son de indudable resonancia ecuménica, porque ellos se vinculan estrechamente con los derechos del hombre, con la dignidad humana, la bula de Paulo III dio al traste con la hipótesis vitanda de considerar a los aborígenes de América como seres irracionales, y el Congreso de USA incorpora al mundo libre a sus masas esclavizadas. Lo otro, es cosa nuestra, muy estimada, porque son dos acciones de armas en que el triunfo corona el esfuerzo de los patriotas que luchan por la libertad.

Lucha sagrada a la que no fue ajena la comunidad trujillana, porque a esa empresa heroica se dio en cuerpo y alma. Con sus mejores hijos coadyuvó Trujillo al logro de la Independencia, logro que no se circunscribió a Venezuela, toda vez que el trujillano miró lejos, siguiendo, siempre, las huellas del Libertador, cuya mirada de cóndor abarcaba todos los horizontes de la América Hispana.

Y en esa constelación de varones brillaron con luz inconfundible destacadas figuras de la Iglesia. En su mayoría o mejor en su totalidad, los jóvenes clérigos de los Andes se forjaron, a partir de 1785 en el Colegio Seminario de San Buenaventura de Mérida de los Caballeros, instituto benemérito que nació en las manos sabias del Dr. Fr. Juan Ramos de Lora y que desde las crestas de la Cordillera iluminó los caminos del occidente de Venezuela. Y allí, con los clérigos, se formaron, igualmente, los ideólogos que en Trujillo y Mérida se sumaron al movimiento de Caracas, la revolución del 19 de abril de 1810.

En las Juntas Patrióticas que se constituyeron en Mérida y Trujillo, el 16 de septiembre y el 9 de octubre, respectivamente, la voz cantante la llevaron los sacerdotes, y de parte de éstos hubo, a título de hombría, demostrar el vigor, la convicción y la valentía con que ellos, ante la sardónica sonrisa de algunos incrédulos vacilantes, sostendrían y defenderían los principios que abrazaban. El primero en hacer demostración palmaria de esta conducta fue el hasta entonces manso Canónigo Dr. don Francisco Antonio Uzcátegui y Dávila, quien en una de las sesiones iniciales de la patriótica junta emeritense, ante los ojos perplejos de los *tímoratos*, *se arremanga la sotana, al tiempo que dice en voz alta y muy clara: "¡Señores!, ¡hay calzones debajo de estos hábitos! Sabré sostener afuera lo que he afirmado aquí!"*.

Y esa tónica fue constante en los levitas que contribuyeron a la obra de la emancipación; discípulos insignes del Canónigo Uzcátegui. Para 1812 y 1814, destruida la república, en la grave teoría de patriotas que cargados de grillos y cadenas eran conducidos a las prisiones realistas de Maracaibo, Puerto Cabello y La Guaira, figuraban en primer término venerables sacerdotes: Fr. Ignacio de Alvarez, José Ignacio Briceño Pacheco, Juan José Hurtado de Mendoza, Enrique Manzaneda y Salas, José Antonio Mendoza, Salvador León, Luis Ignacio Mendoza, los hermanos Durán, José Antonio Rendón, Antonio María Briceño Altuve y otros.

Muchos de ellos se fueron al duro trajinar de la guerra en el llano y la montaña. En las huestes de Páez militaron en Apure y Casanare, los Presbíteros Ramón Ignacio Méndez (barinés) y Antonio María Briceño Altuve, entrañables compañeros desde las aulas emeritenses y plenamente identificados por el denuesto con que sustentaban sus ideas republicanas y democráticas. Es fama que antes de entrar en los combates, Méndez y Briceño pedían a Páez que los pusiera en primera fila, que querían ser los primeros en el comienzo de la lid. En esto, ellos imitaban, con seguridad, a aquel bravo don Jerónimo, del Perigord, obispo de Valencia, varias veces citado en el Poema de Mío Cid, que cabalgaba al lado de don Rodrigo Díaz de Vivar e imploraba como gracia que se le dejara causar las primeras heridas. A pesar de su arrojo, don Jerónimo vivió para asistir al entierro del Campeador y morir años después en Salamanca, en donde sus restos se veneran en sempiterno homenaje al valor, en la capilla *del Cristo de las Batallas*.

Antonio María Briceño Altuve se hizo diestro jinete y hábil lancero, al igual que los más avezados combatientes que servían con Páez. Y en los frecuentes lances con los españoles rivalizaba, como en una justa olímpica, con el futuro arzobispo de Caracas.

Terminada la contienda, serenados los ánimos, los dos valientes guerreros brillarán igualmente en la edificación de la república. El inolvidable Cardenal José Humberto Quintero dedicó páginas de oro para exaltar la memoria del Dr. Méndez, con motivo del traslado de sus restos al Panteón Nacional (16 de diciembre de 1942). Esos despojos vinieron de Bogotá e ingresaron en el templo de los héroes junto con otros "huesos de leones".

Por su parte, Antonio María Briceño Altuve, permanece olvidado. En el servicio de la Gran Colombia se quedó en Santa Fe. Recuérdese que fue congresante en Angostura, en el Rosario de Cúcuta, en Ocaña, en Bogotá y en 1825 se le eligió Canónigo de merced de la Catedral de Bogotá, en el desempeño de este cargo murió el 14 de mayo de 1835. Era hijo del trujillano José Manuel Briceño Pacheco y de la merideña Juana Paula Altuve y Rangel. Sobre el silencio de su tumba lejana, sus coterráneos, los hombres de la andina Cordillera, verán como símbolo de su existencia, la lanza del guerrero, la toga del legislador y el bonete del canónigo.

Los pontífices que a Trujillo vienen, así sea por corta temporada, se prendan de la ciudad, porque ésta es la tierra de María Santísima; y de aquí no quisieran irse porque hay algo que flota en el ambiente que convida a soñar con la gloria a la sombra de enhiestas colinas y a disfrutar de la paz que emerge de sus campos con la frescura de las églogas de Teócrito, Virgilio y Garcilaso.

En otras ocasiones nos hemos referido a los obispos que vinieron a Trujillo en visita pastoral, procedentes de Coro, Caracas y Mérida, y del grande beneficio que fue para esta colectividad la presencia de aquellos ilustres prelados. Hoy queremos mencionar a uno del cual no nos habíamos ocupado, se trata del Excmo. Dr. Juan Hilario Boset, que gobierna la Diócesis emeritense entre 1842 y 1875. Nativo de La Guaira (14 de enero de 1799), su padre don Juan Boset de los

países bajos y su madre la coriana María Luisa del Castillo. Lo formó su maestro y protector el sabio padre Dr. Manuel Vicente de Maya. Su biógrafo, Dr. Ricardo Labastida, escribe que monseñor Boset era “de natural cortesanía y finas maneras; trato suave y agradable; en su fisonomía irradiaban la inocencia y honestidad de su alma”. (*Biografía de los Obispos de Mérida*. Bol. ANH. Caracas, 1958. N° 163. p. 358). Boset sintió tal predilección por Trujillo, que cuando confrontaba problemas en Mérida, se venía a tierra trujillana y en ésta permanecía repetidas temporadas. Tuvo en La Quebrada un leal y entrañable amigo, el Padre José de los Angeles Cano, insigne educador, nativo de San Lázaro (20 de octubre de 1804), llegó de párroco a La Quebrada en 1829 y allí estuvo 44 años; murió en Ejido, el 8 de julio de 1875. Con Cano, sabedor como el que más de la historia de la provincia de Trujillo, el obispo Boset profundizó sus conocimientos en relación con el pretérito trujillano; en especial en lo atinente a los próceres de la región, a muchos de los cuales conoció y trató Cano. Uno de los episodios que más atraía al Obispo fue la entrevista de Bolívar y Morillo en Santa Ana, el 27 de noviembre de 1820, Cano contaba para entonces 16 años y tuvo ocasión de oír de propios labios el relato preciso de los trujillanos que estuvieron presentes en el memorable acontecimiento, uno de ellos fue el Gral. Cruz Carrillo. A propósito del encuentro de Bolívar y Morillo, cabe recordar que Boset, la primera vez que estuvo en Santa Ana, recabó de los vecinos preciosas informaciones y con el Pbro. Faustino Mendoza ubicó la piedra que serviría de base al monumento ideado por los propios campeones de la guerra magna e hizo levantar una columna de mampostería, con inscripciones alusivas. Esa significativa columna se transformaría con el tiempo en el monumento que hoy perpetúa el histórico abrazo.

Camino del exilio, en Las Porqueras, cerca de La Grita, dejó de latir el generoso corazón del Dr. Juan Hilario Boset, uno de los más eminentes varones de la Iglesia venezolana, era el 26 de mayo de 1875. La Grita, “Atenas del Táchira”, se asocia al recuerdo de un esclarecido sacerdote trujillano, Monseñor Dr. Jesús Manuel Jáuregui Moreno, nacido en Niquitao (28 de septiembre de 1848), como Boset sufrirá los amargos rigores del ostracismo. Pero tuvo la dicha de hacer de su Colegio gritense del Sagrado Corazón de Jesús, un crisol de hombres que fueron bastiones de la patria. A través de la obra de ellos está vivo el nombre y la acción del maestro trujillano. Jáuregui fue escritor, historiador, poeta, matemático, doctor en Derecho Canónico, pero fundamentalmente un ductor, que se inspiró en las enseñanzas magistrales de don Juan Melchor Bosco (1815-1888), a quien visitó en Turín, en 1885 y según documento que tuvo a su vista Monseñor Quintero, el Padre Jáuregui recibió instrucciones de Don Bosco y entró a formar parte de los Cooperadores Salesianos. Como bien dice Quintero, el plantel jaureguino tuvo “la lejana y paterna bendición de Don Bosco” (*Discursos*. 1950. t. I, p. 262). Jesús Manuel Jáuregui Moreno, murió en el destierro, en Roma, el 9 de mayo de 1905.

La remembranza junta a Boset y a Jáuregui en un episodio que no se puede dejar de mencionar en esta oportunidad. Y es que, en la Catedral de Mérida, el domingo 19 de noviembre de 1871, sucedió algo que conmovió a los circunstantes, se ordenaban dos diáconos, quienes para el instante se hallaban arrodilla-

dos ante el obispo Boset y en un ligero movimiento de éste, se desprendió la mitra de la cabeza del pontífice ordenante y cayó ceñida en forma cabal sobre la juvenil testa de uno de los ordenandos, éste era Jesús Manuel Jáuregui Moreno. Este histórico hecho lo narró con lujo de detalles el Dr. Quintero, en la ocasión en que se celebraron los cien años del natalicio de Monseñor Jáuregui, el 28 de septiembre de 1948 (*Ibidem.* vol. II, pp. 242-243).

El mencionado José Humberto Quintero, nuestro primer Cardenal, si bien nacido en Mérida, llevaba a orgullo mencionar su ascendencia trujillana, enraizado con los Briceño Quintero, solía hablar de su parentesco con el bravo Padre Antonio María Briceño Altuve y con el no menos bravo abogado Antonio Nicolás Briceño (a) El Diablo. En norma de su acendrado amor a Trujillo, dedicó vibrantes páginas en loa y elogio de ilustres clérigos trujillanos como el ya mentado Monseñor Jáuregui, Monseñor Enrique María Dubuc y Monseñor Estanislao Carrillo. Exaltó los méritos de otros trujillanos como Caracciolo Parra Olmedo, el Rector Heroico, y Mario Briceño-Iragorry, nuestro más alto hombre de letras. Y cada vez que tuvo ocasión alabó a la ciudad de Trujillo y a su patrona la Virgen de la Paz. Una vez, en el Ateneo de Trujillo leyó una pieza oratoria, que más bien fue un himno a la urbe de Cristóbal Mendoza. Un canto admirable —cuyo manuscrito conserva el Centro de Historia— canto en que el artista múltiple que fue Quintero, pregunta y responde el por qué de su amor y de su admiración por Trujillo. Cuando se leen estas páginas llenas de música y belleza recordamos al exquisito poeta español Eduardo Marquina (1879-1946), autor del maravilloso poema “Por qué te adoro Sevilla”. Marquina era nativo de Barcelona, pero quiso a Sevilla como su segunda patria chica, lo mismo de Quintero con Trujillo.

Los dos primeros obispos que tuvo la Diócesis de Trujillo, los doctores Antonio Ignacio Camargo y José León Rojas Chaparro, dieron a Trujillo lo mejor de su obra episcopal y sus restos son reliquia de la tierra trujillana. Tan nuestros son Camargo y Rojas como los nacidos en el Estado: Durán, Dubuc, Mejía.

Y nuestro es hoy en plena actividad creadora y evangelizadora Su Eminencia Rosalio José Castillo Lara, cuya corta estada entre nosotros, dos años, fueron más que suficientes para integrarse a la trujillanidad. Sobra hablar de sus títulos porque son muchos y ampliamente conocidos dentro y fuera de Venezuela. Pero debemos recalcar que en Trujillo su labor pastoral fue extraordinaria en todos los sentidos, y al lado de esa labor estuvo otra, la que nosotros no dejamos de ponderar, la cultural e histórica. Monseñor Castillo se sumó a la actividad ateneísta, penetró en el campo juvenil y se mantuvo en estrecho contacto con los medios de comunicación social; y como historiador, paleógrafo y diplomata se interesó sobremanera por la salvación de los archivos parroquiales y de ese tesonero trabajo surgió el archivo diocesano de Trujillo, que es modelo en Venezuela.

La concentración de los archivos eclesiásticos fue un viejo proyecto que a mediados de 1958 conoció y apoyó el Excmo. Dr. Antonio Ignacio Camargo. Después, en el V Congreso Internacional de Archivos, celebrado en Bruselas, del 1º al 5 de septiembre de 1964, Monseñor Dr. M. Guisti, Prefecto del Archivo del Vaticano, sostuvo en su interesantísima ponencia “Los archivos eclesiásticos: estatutos, organización y clasificación”, la necesidad de concentrar la docu-

mentación de los repositorios de las parroquias foráneas en un establecimiento global con asiento en la capital de la diócesis. El Congreso Internacional aprobó por unanimidad la recomendación del Dr. Guisti.

Esta propuesta la llevamos al Primer Congreso Venezolano de Historia Eclesiástica que tuvo lugar en Maracaibo, entre el 5 y el 8 de noviembre de 1969 y allí se aprobó recomendar a las autoridades eclesásticas la concentración de los archivos parroquiales.

La Diócesis de Trujillo fue la primera en poner en ejecución la nueva modalidad. Y a ello se dieron plenamente el Coadjutor Dr. Castillo Lara y Mons. Antonio Ramón Morello Cañizales. Fue un trabajo luengo y arduo, pero altamente positivo. Y no podemos pasar inadvertido un pequeño suceso, rigurosamente histórico, suceso en que tuvo parte principal nuestro homenajeadó de hoy. Ante la decisión episcopal de entregar los archivos para trasladarlos a Trujillo, hubo alguien que se rebeló contra el mandato y manifestó que de ninguna manera saldrían esos papeles del recinto lugareño. Ante aquella tajante determinación, Monseñor Castillo Lara advirtió que la orden dada por la Coadjutoría la hacía cumplir de cualquier modo, y con la velocidad del rayo se trasladó al sitio y ante la estupefacción del renitente, introdujo todos los legajos, libros y papeles sueltos en una camioneta y los condujo a Trujillo. De lo narrado hay un testigo de órdago: Monseñor Morello Cañizales; quien además, podría dar fe de que no sólo el Canónigo Uzcátegui tenía pantalones!

Trujillo deploró en 1975 la partida del Coadjutor Castillo Lara, pero la nostalgia de la ausencia la llenaba la seguridad con que los trujillanos lo veían ascender en su carrera como sacerdote y como jurista. Desde su partida todos vaticinaban el cardenalato. Y de esa faena estupenda cumplida al frente de la Comisión pontificia encargada de la preparación del Nuevo Código de Derecho Canónico, queda la opinión del Santo Padre, nada más elocuente que lo que dijo Juan Pablo II, en el acto de la promulgación de aquel instrumento de alcance universal: *Monseñor Castillo Lara trabajó egregiamente en esta empresa de tanta responsabilidad* (25 de enero de 1984). Egregiamente es un adverbio de modo que significa de una manera ilustre, insigne; viene del adjetivo egregio y éste del latín *egregius*, que se refiere a lo eminente, sublime, excelente, perfecto, que tiene un superior grado de bondad, cualidad, etc. ¿Qué más?, si todo lo ha dicho ya el sabio Vicario de Nuestro Señor Jesucristo!

En Roma, Su Eminencia ha de sentirse muy bien porque está en el escenario mundial de sus triunfos. La Ciudad Eterna es una cátedra permanente de Historia. Allí quien llega se extasía en la contemplación de los monumentos que hablan de un pasado remoto, hundido en el tiempo, pero de una gloria que no pasa. Las Instituciones, el Derecho, el Arte, la Iglesia. Y en el contorno físico las colinas, en una de las cuales se clavó como una grímpola el ideal bolivariano de la libertad; las fuentes, las cúpulas, los muros, los puentes, las columnas, las plazas, los jardines, las estatuas, los castillos y las ruinas que evocan los tiempos del Imperio.

Algo de Roma que más atrae, sobre todo a quien visita la ciudad por la vez primera, es la Fontana de Trevi, allí como lo dijo el poeta:

*Entre el ruido del agua habrá quien pueda
oír la voz del dios que se hace humano:
"Tú volverás a Roma si tu mano
arroja en esta fuente una moneda".*

(JOSÉ GARCÍA NIETO)

Castillo Lara iría como todos a la poética fontana, pero no necesitaba arrojar la moneda al dios pagano, porque él ya había dado su vida, moneda invalorable, al Dios único que lo traería para servir a su Iglesia en los más elevados destinos.

El día 25 de mayo de 1985, en que se le consagra Cardenal, es otra fecha memorable en nuestros anales. Y la de hoy, lo es igualmente, porque nuestro Centro de Historia lo recibe como Miembro Honorario, es la distinción más alta que confiere nuestra Academia de Historia regional. En esa categoría estuvo entre nosotros José Humberto Quintero, elegido el 30 de septiembre de 1961, y está actualmente José Alí Lebrún Moratinos, designado el 12 de diciembre de 1983.

Eminentísimo Cardenal Dr. Rosalio José Castillo Lara, el Centro de Historia que hoy recibe a Ud., encarna la voluntad entera del Estado, de la vieja nación Cuicas, que se honra en considerarlo a Ud. como un hijo más entre los más preclaros hijos de la tierra de María Santísima.

20 de agosto de 1985.